

samente, con el espíritu a flor de labios, lleno de confianzas que uno tiene prisa por expresar, o ávido de preguntas que hacer. . .”

Sobre la imprenta, una de las actividades básicas en la Escuela Freinet, se expresan los siguientes conceptos: “Por la práctica de la imprenta estamos auscultando los verdaderos intereses dominantes. De todas maneras, nos guardaremos de asignar sólo a los intereses revelados por el texto diario una especie de investidura escolástica, que reduciría inmediatamente, de manera más o menos arbitraria, el complejo. En el curso de los trabajos que acompañan a ese texto diario, haremos posible que se exterioricen y se expresen otras necesidades, más o menos en relación con el interés inicial”.

El último capítulo, titulado “A la conquista de la vida”, contiene importantes y valiosas ideas, de las cuales entresacamos éstas: “Hemos descrito un material y hemos ofrecido iniciativas que satisfacen a todos los gustos y están al alcance de todos los bolsillos.

“El orden establecido es el que recomienda nuestra experiencia. No estáis obligados a seguirlo; podéis intentar otro, pero habríais de ateneros así a riesgos y peligros.

“No hemos señalado ningún ritmo. . . Tendréis la recompensa del entusiasmo y la eficiencia, que os permitirán forjar en el niño a vosotros confiado el hombre y ciudadano del mañana. . .”

La Escuela Freinet, la Escuela Popular Moderna, como él la llama, constituye uno de los más valiosos experimentos educativos del presente siglo, cuyos frutos ya se están palpando en Francia y en otros países (el nuestro entre ellos).

Es cierto que la obra no se ha extendido mucho todavía, pero no dudamos que sí lo hará en el futuro. La historia nos enseña que todas las innovaciones pedagógicas no rinden su fruto más que después de mucho luchar contra las ideas tradicionalistas y conservadoras que impiden su desarrollo.

La Escuela Popular Moderna, sostenida por Freinet, se está abriendo paso en medio de la incomprensión y del ataque de quienes siguen afe-rrados a ideas pedagógicas ya pasadas de moda.

LUCIO VICTORIO SAMPIERI GASPERÍN

KAZIMIERZ BRANDYS. *Cartas a la Señora Z.* Trad. del polaco de Sergio Pitol (México: Universidad Veracruzana, 1966).

Kazimierz Brandys pertenece a la nueva generación de escritores polacos de vanguardia que han derogado la falsedad de viejas imposturas;

por lo mismo, el detenido análisis sociológico que hace aquí de la crisis moral y económica que viene padeciendo la sociedad europea de la posguerra, significa la apasionada búsqueda de una ética individual y social, erizada de dudas, y la preocupación por conciliar dos culturas que pertenecen a sistemas políticos antagónicos pero que, en el fondo, son parte de un pasado común que no debe olvidarse.

A través de la correspondencia dirigida a un destinatario anónimo —la Señora Z— que bien puede significar el llamado a la conciencia de su pueblo, el autor anota sus impresiones de viajero en el transcurso de dos períodos, comprendidos entre 1957-58 y 1959-60, que coinciden con su visita a Italia y su recorrido por la provincia polaca. Oriente y Occidente se nos descubren así, desde la retina de un hombre de letras, en su más radical fragmentarismo: la decadencia absoluta de principios manieristas remitidos a "una tradición copiada" (p. 44), a la admiración ciega del dogma (p. 105), y el debilitamiento de la estructura capitalista que "vive temiendo por sus bienes" (p. 93). Brandys observa que esta progresiva descomposición, que afecta más directamente a la familia occidental por la división de clases imperante, va haciéndose mortal a medida que el histerismo colectivo aumenta, manifestándose en las formas más elementales del terror: la prisa por vivir, la sumersión en la abulia mental frente a la amenaza de una guerra atómica, el desapego a principios morales que se creían inamovibles, la gradual automatización ante el rápido avance de la técnica, la conciencia remota del cambio, de la soledad y de la muerte. . . Sin más estímulos mediadores que la ambición de poder de las clases dirigentes y la pasiva subordinación de la masa al *standard* de vida que le han impuesto, cualquier llamado a la cordura y a la reflexión parece ya inútil, por eso Brandys siente, como escritor, que "el hombre que quiere decir la verdad sobre sí mismo es un extranjero para los demás; entre él y ellos no hay unión" (p. 86).

Frente a esta dolorosa realidad, donde el diálogo ha perdido vigencia, el autor se pregunta sobre el destino del arte, "convertido en un campo hollado y maltratado", y encuentra como única salida admisible, al menos para la literatura, "la inclusión de uno mismo en las cuestiones de nuestro tiempo" (p. 67). De este modo, el compromiso del hombre deja de ser colectivo para individualizarse, para ser una mera posibilidad en "rescate". Pero esto no significa cerrazón en el sentido tradicional, sino el hacerse de una poderosa voluntad de elección para no ser tragado por el miedo o, en el peor de los casos, por el odio y la impotencia hacia el futuro. Viviendo el rigor de las contradicciones, el peso de una tradición que se sobrevive y la desvinculación de Polonia del resto de Europa, Brandys se considera con la autoridad necesaria para enjuiciar las causas que han originado la devaluación de los preceptos ecuménicos que

impusieron en la conciencia del hombre europeo, y del eslavo en particular, la idea del fatalismo histórico.

En una Polonia saturada de "atmósfera gris" (p. 52), "donde el pasado ha sido *reconstruido* y el futuro no está aún *definido*" (p. 44), el fenómeno de la civilización moderna se torna crítico a consecuencia del hermetismo provinciano para amoldarse al progreso en sus variadas direcciones. Ciertamente es que se vive del consumo y de la tecnología, pero esto no despeja las reticencias con que se mira al porvenir. A falta de objetivos precisos "el único interés lo constituye el vodka" (p. 132), como estímulo artificial de "una realidad que no satisface". Este ambiente de contenida irritación, lleva a enfrentarse a dos generaciones: el grupo representado por el *koltun*, el *ponurak* y el *tepak*, que cree en el dogma, y el zoliborziano, ciudadano medio que se aparta de la ortodoxia de partido; es en esta división donde Brandys entrevé las limitaciones y los males de la Polonia actual, su separatismo de la cultura occidental y su embotamiento en una realidad ficticia creada con el estupefaciente de los programas laborales destinados a rendir a largo plazo, con la heroicidad añeja de paladines y campesinos.

Así como Camus encuentra que "nuestras grandes virtudes acaban por cansarnos",¹ Brandys se resiente del virtuosismo nacionalista de los delirantes que sólo creen en la técnica como fórmula de escape: la patria se torna, así, en una fuerza destructiva en potencia; y en el origen de esta caída está la creencia en el determinismo de los hechos, en su inviolabilidad, antes que en la libertad de creación, en el hombre mismo. Enfrentarse a la Historia es la única salida aconsejable para la juventud, y de este modo, "ensanchando las ambiciones del progreso" y reduciendo al mínimo los factores providenciales, podrá mirarse al pasado sin nostalgias y disminuir, a la vez, la desconfianza por la cultura de los países capitalistas.

Completan este documentado testimonio "Apuntes para Sartre" y "Algunas nuevas circunstancias", donde el autor reafirma los intereses de su literatura. Réstanos por añadir que si la visión que Brandys se ha formado del mundo nos resulta a veces desalentadora, terrible, otras, en cambio, por su creencia en el hombre, en su voluntad de construcción, nos reconcilia con el resto de nuestra especie. Literatura de compromiso la suya, no de partido, su posición puede resumirse con sus propias palabras: "El arte, la literatura, la creación significa un permanente estado de beligerancia hacia sí mismo. . . Es necesario saber destruir para poder nacer de nuevo" (p. 176).

MARIO MUÑOZ M.

¹ Albert Camus, "Carta Primera", en *Obras Completas*, segunda edición, México: Aguilar, 1962, t. II, p. 277.